

## Bosques y matorrales mediterráneos continentales y bienestar humano

Alfonso San Miguel; Ramón Perea; Sonia Roig y Mariana Fernández-Olalla

Dep. Silvopascicultura. Universidad Politécnica de Madrid. - E.T.S.I. Montes.  
Ciudad Universitaria s/n 28040 Madrid

Los bosques y matorrales mediterráneos continentales son ecosistemas muy escasamente representados en los contextos europeo y mundial. Sin embargo, España, con una superficie próxima a los 7 millones de hectáreas (25% de la superficie forestal), alberga alrededor de un 75% de su área europea. Sus manifestaciones arbóreas más relevantes son los encinares fríos de *Quercus rotundifolia*, los rebollares o melojares de *Quercus pyrenaica*, los quejigares de *Quercus faginea* y, sobre todo, los más originales: los sabinares albares o enebrales de incienso (significado de su nombre científico) de *Juniperus thurifera*. También merecen atención especial los pinares naturales de *Pinus sylvestris*, *P. pinaster* y *P. nigra*, que atesoran una diversidad genética (*la diversidad que no se ve*, en palabras del Prof. Gil) de un enorme valor científico, ecológico y de gestión. De entre los matorrales, destacan, también por su originalidad, los de leguminosas retamoides, los brezales secos, los de caméfitos almohadillados, los enebrales y sabinares y las bojadas. Todos ellos, con la inexplicable excepción de los pinares de pino silvestre, son hábitats protegidos por la normativa comunitaria (Directiva 42/93/EEC) e incluidos, por tanto, en la red Natura 2000.

Los bosques y matorrales mediterráneos continentales son ecosistemas poco llamativos, de ambiente duro, difícil, con limitaciones para la vida animal y vegetal y para la presencia humana y el desarrollo de actividades agrarias. Sin embargo, han sido muy valorados por la sociedad, tanto por su oferta de madera y leña, como por la calidad de sus pastos, que se aprovechan en verano, cuando en otros ambientes mediterráneos la hierba está agostada. Por ello, durante milenios han sido modelados por una gestión antrópica que, adaptándose a la dureza del medio, ha seleccionado modelos productivos caracterizados por su extensividad, diversificación, eficiencia y sustentabilidad. Esa gestión, o *cultura que hace el paisaje*, como indica el Prof. Montserrat Recoder, ha humanizado los ecosistemas primarios: los ha convertido en paisajes culturales, pero también les ha conferido un alto valor natural, los ha convertido en lo que hoy la Unión Europea conoce como Sistemas Agrarios de Alto Valor Natural (High Nature Value Farm Systems). De ese modo, la persistencia de paisajes, procesos ecológicos básicos, hábitats, taxones vegetales y animales, tanto silvestres como domésticos, y un notable patrimonio genético y cultural depende del mantenimiento de esos modelos tradicionales de gestión, o al menos de otros similares. Y, como la gestión debe ser realizada por la población rural y, a su vez, genera la actividad económica y social que resulta imprescindible para el desarrollo rural sostenido, se puede concluir que conservación, gestión extensiva, diversificada y eficiente y desarrollo rural son facetas esenciales e inseparables en el ámbito que nos ocupa.

Al contrario que otros tipos de ecosistemas europeos y españoles, los bosques y matorrales mediterráneos continentales son también originales en sus tendencias y problemas: no se degradan por sobre-explotación, urbanización o contaminación, como los demás, sino por despoblación y abandono de sus modelos tradicionales de gestión. Los bruscos cambios políticos, sociales y económicos acaecidos durante las últimas cinco décadas han generado profundas modificaciones en los usos del suelo, que se han convertido en el principal impulsor directo de su cambio. Despoblación, reducción de superficies agrícolas, mantenimiento o reducción de los pastos herbáceos e incremento de bosques y matorrales son los patrones básicos de cambio. Mientras que en España la densidad de población ha crecido un 74% en los últimos 70 años y ahora es de 89,3 hab/km<sup>2</sup>, en este tipo de ecosistema ha decrecido en un 2% y ahora es de tan sólo 26,8 hab/km<sup>2</sup>. Por otra parte, se abandonan los modelos tradicionales de gestión. La superficie agrícola, antes fraccionada en pequeñas parcelas que incrementaban la diversidad a muy diferentes escalas, se han reducido en un 13% y además es gestionada de forma más homogénea. Se produce un fuerte descenso en el número de explotaciones agrarias, así como en el de agricultores y ganaderos (el sector primario se reduce drásticamente), aunque se mantienen o aumentan las cabañas ganaderas, sin o casi sin trashumancia y con una distribución muy heterogénea de las cargas, lo que implica menor eficiencia y problemas tanto por sobrepastoreo, en zonas próximas a núcleos urbanos y vías de comunicación, como de infrapastoreo y matorralización, en las más alejadas. Los tratamientos forestales se han reducido mucho: se ha **producido lo que el Prof. Serrada denomina "secuestro de la selvicultura"**. Se han abandonado casi por completo las cortas para leña y carbón y también, en buena medida, las de regeneración en monte alto, mientras que los tratamientos parciales (limpias, clareos, claras, podas y otros) se han reducido a un mínimo. De ese modo, se han incrementado la superficie y espesura de las formaciones forestales arboladas y de matorral.

La globalización de los mercados y los cambios en las demandas de una sociedad cada vez más urbana han llevado a la infrautilización de sus servicios de abastecimiento (alimento y madera, sobre todo), y ello hace que se reduzca ligeramente su biodiversidad y su acervo genético doméstico (por ejemplo, razas ganaderas autóctonas, cultivares, variedades y ecotipos de especies agrícolas y pascícolas), a pesar de los esfuerzos que se dedican a evitarlo. También se incrementan, con carácter general, los servicios de regulación (de clima, aire, agua, suelo, erosión y otras perturbaciones), aunque aumenta el riesgo de incendio forestal, porque también aumenta la biomasa combustible y se reducen sus discontinuidades. Crece mucho la demanda de servicios culturales relacionados con el conocimiento científico, las actividades recreativas (caza, senderismo, bicicleta de montaña y otros deportes en la naturaleza) y la educación ambiental. El número de alojamientos rurales se ha multiplicado por 4 en la última década. Sin embargo, como consecuencia de la despoblación, sucede lo contrario con los relacionados con paisaje, conocimiento ecológico local e identidad cultural y sentido de pertenencia, que disminuyen.

La estrategia más adecuada para garantizar la máxima contribución de estos ecosistemas al bienestar social pasa por mantener modelos de gestión extensiva,

eficiente y diversificada que hagan posible el Desarrollo Rural Sostenido y, a la vez, garanticen la persistencia de sus estructuras, funciones y procesos ecológicos básicos, como propone la Ley 45/2007 para el Desarrollo Sostenible del Medio Rural. Para ello es necesario profundizar en el conocimiento científico de su estructura y funciones, así como en el de los aspectos económicos y sociales ligados al aprovechamiento de sus servicios.

NOTA: este artículo ha sido extraído del Informe “Bosque y matorral mediterráneo continental”, elaborado por los mismos autores e incluido en el Proyecto “Evaluación de los Ecosistemas del Milenio en España (EME)”. Se trata de un proyecto interdisciplinario impulsado por la Fundación Biodiversidad del Ministerio de Medio Ambiente Rural y Marino y coordinado por los Prof. Montes y Benayas, que pretende proporcionar información, validada científicamente, para que políticos, gestores, el sector privado y el público en general sean conscientes de los estrechos vínculos que existen entre la conservación de los ecosistemas españoles y el bienestar de su población (<http://www.ecomilenio.es/>).